

restituido con alegría al amor de sus rebaños. No temió, pues, abrir su corazón con el P. Lac.

"Maestro, le dijo, vos sois joven todavía; ¿por qué quereis morir tan pronto? Creedme, cerrad los ojos y pasad por encima del crucifijo, ó por lo menos al lado. Si os parece mejor, mis dependientes os pasarán; con tal que os dejéis llevar, dictaré sentencia de perdon." El Padre respondió: "No consiento de modo alguno: condenadme más bien á que me despedacen." Esta valerosa y real respuesta le valió la palma del martirio (1)."

Para conocer por experiencia todos los frutos divinos, cuya dulzura y belleza hacen las delicias del cristiano, nos quedan tres por coger. De ellos vamos á hablar en el capítulo siguiente.

1. *Id.*, &, n. 85, p. 414, an. 1842.

CAPITULO XXXIX.

(CONTINUACION DEL PRECEDENTE).

SUMARIO.—La modestia: ejemplo.—La continencia: ejemplo.—La castidad: ejemplo.—Cuáles sean las cosas opuestas á los frutos del Espíritu Santo.—Obras de la carne.—Lo que es la carne.—Por qué se dicen sus obras y no sus frutos.—Oposición general de las obras de la carne á los frutos del Espíritu Santo.—Oposición particular.—Necesidad social de todas las operaciones del Espíritu Santo.

No perdamos de vista que el fruto es el acto beatífico más elevado, y que por lo mismo hace gustar al alma una suavidad, un reposo deleitable, que el mundo no conoce y que es como la cata de las dulzuras eternas. Hemos visto, que por virtud de los nueve primeros frutos, el cristiano vive en dulce paz con Dios, consigo mismo y con el prójimo. Para gozar de la tranquilidad completa, no le falta más que ponerse en orden con relacion á lo que hay encima de él: y precisamente á los tres últimos frutos deberá el complemento de su felicidad.

La *Modestia, Modestia*. Este fruto divino es el orden en todo nuestro sér exterior. La modestia, como irradiación que es de la paz interior, mantiene nuestros ojos, lábios, risa, movimientos, vestido, toda nuestra persona, dentro de los justos límites marcados por la fe. El Verbo encarnado, conversando con los hombres, hablando, oyendo, obrando, es el espejo en que se mira constantemente el discípulo del Espíritu Santo, y el modelo infinitamente perfecto cuyos rasgos se esfuerza por reproducir en sí mismo. Nada hay más

amable que esta divina modestia y nada más elocuente. Por eso quería el Apóstol, que la modestia de los cristianos fuera notoria como la luz y conocida de todo el mundo (1). Era en su concepto, uno de los mejores medios de llamar los infieles á la fe y los pecadores á la virtud.

Mil y mil ejemplos dan la razon al Apóstol. Conocido es de todos el de San Francisco de Asís. Habiendo llegado á una ciudad, el serafín de la tierra dijo á su compañero: Hermano, vamos á predicar. Salieron juntos, dieron una vuelta por las calles sin hablar palabra, y se volvieron á casa.— Pero, ¿no habia dicho su Paternidad que íbamos á predicar? ¿Cómo hemos vuelto sin decir nada? ¿Y el sermón?—Ya lo hemos predicado, respondió el santo. Y con razon: la presencia de aquellos dos religiosos tan modestos, era una predicación más persuasiva que los mejores discursos.

De la Edad Media acá, la modestia cristiana no ha perdido nada de su poder. “Nuestras vírgenes chinas, escribe un misionero, no tienen otra cláusula que la prudencia, ni otro velo que la modestia: y no por esto dejan de ser el consuelo de la Iglesia y la admiración de los paganos. De tal manera saben inspirar el amor de la santa virtud, que muchas veces llegan á suscitar émulas y modelos entre los infieles mismos. He aquí un hermoso ejemplo. Habiendo una pagana contraído relaciones con una de nuestras vírgenes cristianas, ésta le pintó con tan vivos colores la felicidad de que gozaba, que despertó en el corazón de la jóven china los sentimientos de una santa envidia. Dios oyó sus deseos, y la jóven se encontró pronto en estado de recibir el Bautismo.

“Tomó el nombre de Magdalena. A la feliz neófito no le cabía el gozo en el pecho, y quiso compartirlo entre toda su

1. Modestia vestra nota sit omnibus hominibus. *Philip*, IV, 5.

familia. Al principio se burlaban de ella: luego acabaron por escucharla y por rendirse á todo lo que la misma quería; tan poderosa es la gracia secundada por el celo puro. El padre, la madre, los hermanos, hermanas y otras varias personas se hicieron pronto cristianos. Veinte hijos de Dios se cuentan al presente donde, poco há, no habia más que esclavos del demonio; y este número se duplicará regularmente antes de un año (1).”

La *Continencia*, *Continentia*. Si el hombre exterior se mantiene en el orden por la modestia, el hombre interior encuentra un freno en la continencia. Este fruto del Espíritu Santo, segun lo indica su nombre, domina la concupiscencia, ahora esta tenga por objeto el beber, ó el comer, ó la sensualidad. La sojuzga, lucha contra sus movimientos rebeldes; y á pesar de sus invasiones en el dominio de la imaginación y los sentidos, impide que el desorden y la inmundicia ganen el santuario de la voluntad. Este imperio sobre las inclinaciones groseras del hombre animal, es la gloria exclusiva del cristiano y el signo manifiesto de la presencia del Espíritu Santo; y como tal se le admira en cada página de la historia de los pueblos, y en la biografía de los hombres cristianos. Abramos los anales contemporáneos y oigamos á uno de nuestros misioneros, perdido entre los hielos del polo, en medio de los antropófagos más vigorosos de toda la tierra.

“Entre los salvajes que me encontré juntos en el fuerte de Albany, uno de los que la gracia cambió de una manera tan eficaz como pronta, era un jóven polígamo. Sus amigos, y en especial su madre, que es modelo de virtudes, habian hecho todos los esfuerzos para determinarle á que tuviera solo una esposa; pero no lo habian podido conseguir. Dos

1. *Annales*, etc., n. 116, p. 45, an. 1848.

días hacia que yo estaba en Albany, cuando llegó con su numerosa familia. Tan luego como supo que yo estaba en el fuerte, le entró como miedo de verse en mi presencia y se quería marchar al punto; de modo que le costó á su madre bastante trabajo el poderlo retener. Pero evitaba cuidadosamente mi encuentro; y cuando me presenté en su choza para verlo se había ocultado. Me enseñaron su escondrijo, fui en su busca; y como la regeneracion de sus hijos me preocupaba algo más que su divorcio, traté de hacerle comprender la importancia del Bautismo.

“En el primer momento de nuestra entrevista, temiendo sin duda mis reprensiones, se puso á temblar en todo su cuerpo: pero luego se tranquilizó, y en el mismo día me trajo todos sus niños para que los hiciera cristianos. Concluido el Bautismo, me pidió con encarecimiento el mismo favor para sí mismo: aquí le esperaba yo.—Tú no podrás ser bautizado, le dije, mientras tengas dos mujeres: el Gran Espíritu no consiente esto. Si continúas violando su prohibicion, en vez de llevarte consigo á la mansion de la gran luz, te arrojará con el maligno *Manitou* al fuego del abismo.]

“Estas palabras hicieron en el alma del salvaje todo el efecto que yo podia esperar. Dejando caer la cabeza sobre el pecho, no respondió nada, y durante algunos minutos pareció abismado en reflexiones profundas. Luego, levantándose de repente:—Padre, me dijo, lo que me manda es muy justo. Supuesto que el Gran Espíritu no dió al primer hombre más que una compañera, no debo tener yo dos. ¿A cuál de ellas quieres que despida?—Debes conservar la primera; pero como los hijos de la segunda son tuyos, es menester que [los eduques y que cuides de su madre como de una hermana.—Gracias, dijo, y se fué incontinenti para anunciar su resolucion á la segunda. Esta no se mostró menos

resuelta que él; y desde entonces no los he visto juntos más que en la capilla, donde rivalizaban en celo por hacerse instruir (1).”

La *Castidad, Castitas*. Este fruto duodécimo, que corona á todos los demás, hace del hombre un ángel en cuerpo mortal. La castidad es á la continencia lo que la victoria á la lucha; representa al vencedor despues del combate. El alma casta, el alma vírgen, señora de sus sentidos interiores y exteriores, reina como Salomon, en la plenitud de la paz. Junto á ella, el brillo de todo el oro del mundo queda eclipsado. Excita el respeto de la tierra; hace las delicias del cielo, y provoca la rabia del infierno. Si no hay esfuerzos que el demonio deje de emplear para arrancar á la humanidad esta corona de gloria, tampoco hay género alguno de resistencia heroica que no encuentre en contra de sí. En la defensa de este bien, más precioso que la vida, brilla soberanamente el valor de los cristianos y, sobre todo, de las cristianas. ¿Quién no conoce la conducta de tantas heroínas de los primeros siglos? Noble ejército de vírgenes y mártires, vosotras os habeis perpetuado hasta nosotros, y os perpetuareis hasta el fin de los siglos, doquiera reine el Espíritu de Santidad.

Abramos una vez más nuestros anales contemporáneos. “El asunto de que voy á hablaros es bien sencillo. No se trata sino de una niña de poca edad, que presenta un triunfo brillantísimo de la gracia. Hacia el fin del año 1841, una familia católica compuesta de tres personas, dejaba Alepo para trasladarse á Egipto. Despues de haber visitado los santos lugares, y atravesado la Judea, se internó en el desierto que en otro tiempo cruzó la sagrada familia huyendo de la cólera de Herodes. Ya columbraban en lonta-

1. *Annales*, etc., n. 141, p. 101, an. 1852.

nanza las murallas de El-Arich, la antigua Gerara, cuando apareció una banda de soldados albaneses. Al verlos, el espanto se apodera de nuestros piadosos viajeros, corren azorados y se dispersan en la soledad que no puede ocultarlos. La niña fué hallada por sus raptos pálida, temblorosa, llamando á su madre á quien no habia de volver á ver; y fué llevada cautiva al Cairo, donde la encerraron en la casa de un musulman.

La infortunada pasaba los días llorando; y ciertamente nunca lloraria demasiado su libertad perdida y su familia sacrificada. Un solo bien le quedaba: era su fé candorosa en el Dios de los huérfanos; y amenazado tambien este tesoro, lo defendia con amor heróico. Ten presente, decia muchas veces á su amo, ten presente que tu esclava es cristiana. ¡Ay! él no lo olvidaba. Rugiendo todos los días de no haber podido ajar aquella débil caña que se erguia siempre bajo el esfuerzo de su mano, recurria á nuevas astucias, la adulaba con las promesas más deslumbradoras, se abajaba hasta las súplicas, saliendo vencido pero furioso, y en su despecho ensayaba nuevas torturas tan impotentes como sus despreciadas súplicas y sus vanas amenazas.

“Lágrimas y suspiros era todo lo que conseguia de la pobre niña. En vano el turco le repetia: Cautiva de un musulman, ó abrazarás la religion de tu amo, ó morirás á sus manos.—Toma mi vida y déjame á mi Dios respondia la heroina. ¡Desventurada de mí ya que he perdido todo en este mundo, no consentiré en renunciar al cielo. Y la gracia contaba con un triunfo más cada vez que el opresor acometia á su víctima. A la manera de aquellas vírgenes tímidas de los primeros siglos, á quienes tantas veces fué dado domar á los leones rugientes en la arena y verlos encadenados á sus piés por el encantamiento divino de una

virtud angelical, la cristianita de Alepo se imponia al turco en su propia casa, convertida para ella en anfiteatro.

Cierto día que fué el 18 de Enero de 1843, se quedó entreabierta la puerta de la casa en que nuestra cautiva se consumia llorando, hacia ya dos años. No dudando de que habia llegado el momento de su libertad, salvó, sin ser vista, el umbral de su prision, y corrió á refugiarse, al azar, en la habitacion vecina. Afortunadamente, era la de un armenio católico. Al ver á la muchacha que, toda descompuesta, se le entraba en su casa, la recibió en sus brazos y le preguntó quién era, de dónde venia, y qué queria: mas ella, temblorosa y como perseguida por enemigos invisibles no podia responder más que con este grito desgarrador: *Salvame, cómprame.*

“El buen armenio juzgó que era menester esconderla por el momento; y habiendo llegado á tranquilizarla le preguntó de nuevo, y esta vez ya con más resultado. Ella le contó todas sus desdichas con todos los detalles, y luego añadió: No me entregues al verdugo de mi familia; pues ahora llevaria á cabo su amenaza; y como precio de mi fidelidad á nuestro Dios, me inmolaria el turco en su casa ó me venderia á los negros del Senaar.

“No era menester más para que el armenio se interesara por la suerte de la huérfana. Por de pronto la tuvo oculta por espacio de algunos días. Pero temiendo exponerse á algun vejámen si otros revelaban el secreto antes que él, juzgó prudente informar por sí mismo á la autoridad musulmana de todo lo que habia pasado.

“En vista de su declaracion, el gobernador egipcio hizo traer á su tribunal la fugitiva y el soldado albanés. Interrogó á la jóven acerca de su país, sus padres y su religion. Ella respondió con mucha firmeza, que era cristiana y na-

tural de Alepo, que los soldados albaneses la habían cogido á fuerza en el desierto, y que á falta de sus padres reconocía por padre al cura católico armenio.—Hazte musulmana, le dijeron los turcos, sentados para juzgarla, y compartirás nuestra fortuna y nuestros placeres.—Soy reina por mi fé, respondió; todos vuestros bienes no valen lo que mi corona. Antes que renunciar á ella, sufriré la muerte.

“Esta valentía llenó de admiracion al tribunal y al auditorio, á los musulmanes lo mismo que á los cristianos. Había entre los espectadores un jóven caldeo católico, que había seguido con el más vivo interés todo el curso de los debates. Enamorado de las virtudes de la jóven, asombrado de sus respuestas y reputándose feliz de poder hacer que la infortunada olvidara la prolongada cadena de sus desdichas, la pidió por esposa. Su oferta fué aceptada, y el cura de Tierra Santa ha bendecido, hace pocos dias, esta boda venturosa. Toda la poblacion católica del Cairo ha tomado parte en este matrimonio y mi corazon de Padre, abrevado frecuentemente de amarguras, se ha espaciado con indecible consuelo al contemplar la alegría de estos dos jóvenes, tan dignos el uno del otro por la generosidad de su fé y la inocencia de su vida (1).”

6.º ¿A qué se oponen los frutos del Espíritu Santo? Tomados separadamente, cada uno de los frutos del Espíritu Santo es un principio de felicidad: tomados en conjunto, constituyen la felicidad completa en cuanto es compatible con nuestra condicion terrestre; y así, forman la oposicion adecuada de la infelicidad, cualquiera que sea su nombre. Considerada desde este punto de vista, la Iglesia católica se nos representa como un inmenso vergel, cuyos árboles cargados de frutos, recrean todos los sentidos del cuerpo,

1. *Annales.*, etc., n. 99, p. 89, an. 1845.

proporcionan descanso á todas las facultades del alma y perpetúan, al través de los siglos, el paraíso terrenal.

Con menos habria bastante para concitar todo el furor de Satanás, cuya ocupacion constante se dirige á talar el magnífico jardin del esposo, arrancar sus árboles, hacerlos estériles, convertirlos en árboles mortíferos y de este modo acarrear al hombre la infelicidad temporal y eterna. Fiel á su constante propósito de falsearlo todo, al lado del vergel divino ha criado un jardin emponzoñado, como fundó la Ciudad del mal junto á la Ciudad del bien. En ese su jardin de plantas venenosas, pone los árboles que va robando, les da cultivo y les hace producir sus frutos, cuyo número y calidad vamos á poner de manifiesto.

El apóstol San Pablo nos ofrece la nomenclatura siguiente: “Las obras de la carne, dice, están patentes: como son fornicacion, impureza, deshonestidad, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, riñas, discordias, sectas, envidias, homicidios, embriagueces, glotonerías y otras cosas como estas (1).” Aquí se presentan dos cuestiones. ¿Qué debemos entender por la carne; y por qué se dice *las obras de la carne* y no los frutos, como decimos, los frutos del Espíritu Santo?

La carne significa la concupiscencia, es decir, la inclinacion que tenemos al mal: es el veneno ó el virus que la serpiente infernal nos inoculó cuando mordió á nuestros primeros padres, de quienes pasa de generacion en generacion á toda su posteridad. Así es que la carne, ó sea, la concupiscencia es el demonio mismo presente en nosotros por su veneno (2). Se dice *la carne* por dos razones: la primera, porque el virus satánico reside en la carne ó en la sangre y

1. *Gal.*, v. 19-21.

2. Concupiscencia, puta, voluntas mala, est daemon nos impugnas. *Abbas Pimenius, in. vi. Patr.*, lib. VII cap. xxii.

por ella se trasmite: la segunda porque la concupiscencia nos arrastra principalmente á la disolucion carnal, á beber y comer, á los goces y bienestar del cuerpo. No obstante, se comunica tambien al alma, produciendo el orgullo, la ambicion, la curiosidad, la ciencia vana y otras malas disposiciones puramente espirituales.

Aunque en rigor se podria decir, frutos de la carne ó del demonio, Santo Tomás, explicando la palabra del Apóstol *opera carnis*, se expresa así: "Lo que sale del árbol contra la naturaleza del árbol no se llama fruto, sino más bien corrupcion. Ahora bien, los actos virtuosos son como naturales á la razon. De donde proviene, que las obras de las virtudes se llamen frutos y no así las obras de los vicios (1)." De todos modos, las obras de la carne, consideradas en su principio, en su conjunto y en sus detalles, son la contraposicion de los frutos del Espíritu Santo.

Dos potencias luchan en la sociedad, porque luchan dentro del hombre: hay entre ambas una oposicion completa, inmutable (2). El Espíritu Santo, descendido del cielo, su gloriosa mansion, atrae al hombre hácia lo alto: Satanás hace lo contrario; habiendo subido del abismo, su negra morada, arrastra al hombre hácia abajo. En otros términos: el Espíritu Santo, despegando al hombre del amor de las cosas terrestres, le excita á obrar segun la razon y la fé, Satanás empujando al hombre á procurarse apasionadamente los bienes sensibles, le hace obrar contra el dictámen de la razon y de la fé. De estos dos agentes, el uno ennoblece, el otro degrada; el uno santifica, el otro mancha y

1. Id quoc procedit ab arbore contra naturam arboris non dicitur esse fructus ejus, sed magis corruptio quaedam. Et quia virtutum opera sunt connaturalia rationi, opera vero vitiorum sunt contra rationem ideo, opera virtutum fructus dicuntur, non autem opera vitiorum. 1. 2, q. 70, art. 4.

2. Gal., v, 17.

corrompe. Como en el orden físico el movimiento hácia arriba es contrario al movimiento hácia abajo, así es cosa manifiesta que las obras de la carne son diametralmente opuestas á los frutos del Espíritu Santo. Tal es la oposicion general; mas esta no es sola.

Hay otra oposicion particular entre cada una de las obras de la carne y cada uno de los frutos del Espíritu Santo. La primera obra de la carne, que el Apóstol nombra, es la fornicacion *fornicatio*. Este acto culpable es destructor de la *caridad*, que une al hombre con Dios y con el prójimo.

Las tres siguientes son: La inmodestia, la impudicia, la lujuria, *inmunditia, impudicitia, luxuria*. Estos desórdenes, inseparables de la fornicacion, introducen la perturbacion hasta lo más íntimo del sér humano y hacen desaparecer la *alegría* del corazon, la serenidad de la frente y la *modestia* de los sentidos.

La quinta es la idolatría, *idolorum servitus*. Pero la idolatría es la guerra abierta contra Dios, la guerra sacrilega en lo que tiene de más culpable. ¿Qué cosa puede haber más contraria á la *paz*, no solamente del hombre con Dios, sino de los hombres entre sí? ¿No es la idolatría la causa de las luchas más encarnizadas, que nos recuerda la historia?

La sexta, sétima, octava y novena, son las hechicerías, las enemistades, los pleitos y los zelos, *beneficia, inimicitiae, contentiones, oemulationes*. ¡Ved qué horrible cortejo lleva Satanás detrás de sí! ¡Qué cria de víboras arroja en el alma de que se apodera! Todas estas obras tenebrosas son directamente opuestas á los frutos de *paciencia, benignidad, bondad y longanimidad*.

Las tres obras de la carne que siguen á continuacion,

son: las iras, riñas y disensiones, *iroe, rixoe, dissensiones*. Fácilmente se echa de ver, que se oponen á la *mansedumbre*.

Restan las cinco últimas, que son: las sectas y envidias, los homicidios, la embriaguez y los excesos en el comer, *sectae, invidiae, homicidia, ebrietates, comessationes*. Con extinguir la rectitud, la buena fé, la lealtad, la fé en todo sentido, las sectas ó herejías matan la caridad y abren un abismo entre los habitantes de un mismo lugar, entre los miembros de una misma familia. Con razon el Apóstol nombra, detrás de la herejía, las envidias y los homicidios. Estos crímenes están en oposicion directa con la fé religiosa y social, cuyo efecto particular es unir las inteligencias y los corazones: *Cor unum et anima una*. Pues, cuando la fé se debilita ó se estingue, la razon decae y el alma pierde su imperio, que infaliblemente es reemplazado por la tiranía de los sentidos. El hombre cae entónces en la crápula, de bueno ó de mal tono, decente ó grosera, civilizada ó bárbara, segun la esfera en que vive: *Ebrietates comessationes*. Esto es la ruina de la *continencia* (1).

De este modo queda completamente asolado el vergel del Espíritu Santo. Por lo demás, no hay que extrañar que las obras de muerte enumeradas por el Apóstol, sean en mayor número que los frutos de vida; pues por una parte, esta superioridad numérica no perjudica en nada á la oposicion que hemos marcado, consistiendo la diferencia en que á un mismo fruto del Espíritu Santo se oponen varias obras de la carne; y por otra parte, San Pablo no se propuso indicar en particular todas las obras de la carne, así como tampoco todos los frutos del Espíritu Santo. "Solamente quiso, dice San Agustin, mostrar la oposicion general de unas y

1. Véase Santo Tomás, 1. 2. q. 70, art. 4.

otros y cuáles son las cosas que debemos hacer y las que debemos omitir (1)."

Ved ahí los dos jardines, plantado el uno por el Espíritu del bien y el otro por el Espíritu del mal. Es un nuevo rasgo del paralelismo tantas veces marcado, entre la obra divina y la satánica. Aquí, por consiguiente, vuelve á presentarse para el hombre lo mismo que para las sociedades, la alternativa inevitable de vivir en uno ú otro de los dos jardines, de comer de sus frutos, y comiendo de ellos hallar la vida ó la muerte. Colocado el mundo entre dos señores, va á parar forzosamente ó al uno ó al otro. Nunca insistiríamos demasiado en recordar esta ley, de la cual no hubo nunca dispensa, ni la hay, ni la habrá jamás. Es, á juicio nuestro, el medio de hacer palpable la necesidad de todas las operaciones del Espíritu Santo.

Que no se olvide, pues: todas estas operaciones, sin excepcion alguna, son necesarias á la sociedad en el mero hecho de ser necesarias al hombre. La fé, la esperanza, la caridad, hijas mayores del Espíritu Santo, son necesarias á la sociedad; porque, sin ellas, la sociedad queda inevitablemente entregada á la imprudencia, la injusticia, la bajeza y la intemperancia. Los siete dones del Espíritu Santo son necesarios á la sociedad; porque, sin ellos, la sociedad cae bajo el imperio de los siete pecados capitales, cuyo conjunto forma el más enérgico disolvente de todo el orden social.

Las siete bienaventuranzas divinas, son necesarias á la sociedad; porque, si ésta no las practica, practicará inevitablemente las siete bienaventuranzas satánicas, que reali-

1. Apostolus non hoc ita suscipit ut doceret quot sumt vel opera carnis, vel fructus Spiritus; sed ut ostenderet, in quo genere illa vitanda, illa vero sectanda sint. S. Aug., in epist. ad Gal. c. VIII.

zan el mal en todas sus formas. Los frutos del Espíritu Santo son necesarios á la sociedad, porque si la sociedad no se alimenta de ellos, se alimentará forzosamente de los frutos emponzoñados de Satanás; principios fecundos de revoluciones y catástrofes.

El reinado del Espíritu Santo, con todo lo que lo constituye, es necesario para la felicidad del mundo; porque solo él puede preservar al mundo del reinado del espíritu maligno. Pues bien, el reinado de Satanás es el mundo pagano con Neron por amo; en tanto que el reinado del Espíritu Santo es el mundo católico, dirigido por el Vicario infalible del Verbo encarnado. Bajo el primero, el linaje humano es una manada de lobos; bajo el segundo, es un rebaño de corderos. Esta alternativa, inevitable en el mundo, no lo es ménos al otro lado del sepulcro. Lo veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XL.

EL FRUTO DE LA VIDA ETERNA.

SUMARIO.—Por qué el cielo se llama fruto.—Armonía en las obras de Dios.—El cielo será el reino del Espíritu Santo, ó del amor infinito.—Efecto de este amor: trasfigurará todas las cosas.—Las criaturas serán trasfiguradas, no destruidas.—Hermosura del mundo futuro.—Trasfiguracion del hombre y cualidades del cuerpo trasfigurado.—Goces de cada uno de los sentidos.—Rasgo histórico.—Cualidades del alma trasfigurada.—Alegría de todas las facultades.—Contraposición del cielo, el infierno.—Inexorable necesidad de ir al uno ó al otro.—Medio de lograr el cielo.—El culto del Espíritu Santo.

La gracia difundida en el alma por obra del Espíritu Santo en el día del Bautismo, constituye la vida sobrenatural. Sus fuerzas vivas son las virtudes infusas; los dones del Espíritu Santo ponen en movimiento estas fuerzas y la hacen producir actos beatíficos que se llaman bienaventuranzas. Estos actos beatíficos ejecutados con la mayor perfeccion, toman el nombre de frutos; por cuanto producen en el alma una suavidad semejante á la que deja en el paladar una fruta excelente en el mejor estado de madurez. Pero estos mismos frutos no son más que flores relativamente al fruto de la vida eterna. Todas las operaciones del Espíritu Santo tienden á procurar al hombre este fruto único, que es el cielo (1).

1. Cum fructus habeat quodammodo rationem ultimi et finis, nihil prohibet alicujus fructus esse alium fructum; sicut finis ad finem ordinatur: opera igitur nostra, in quantum sunt effectus quidam Spiritus Sancti in nobis operantis, habent rationem fructus; sed in quantum ordinantur ad finem vite æternæ, sic